

ZUHEROS Y LOS POETAS

J. CRIADO COSTA

ACADÉMICO NUMERARIO

Es posible que Zuheros naciera para la poesía. Para la poesía más sublime, como el vuelo de las águilas que cruzan su cielo. Un cielo en el que se clava, vertical, la cimitarra de su castillo.

Todo Zuheros está clavado en el cielo. Con una profunda y cruenta herida: su cueva, la cueva de los Murciélagos. Bañada de sangre de mil generaciones que la poblaron y otras mil que no acaban de recuperarla para el Arte, para el turismo, para el hombre... pese a los mil esfuerzos del médico Antonio Arjona y del boticario Juan Fernández Cruz, zuhereños de pro y de vocación, ya que no de cuna, que “tanto monta, monta tanto”.

Si bien es verdad que hasta hace unas décadas no se habían valorado en lo que valen las calidades de la villa, casi desconocida por culpa de las deficientes vías de comunicación, lo que no permitió que los poetas tomaran a Zuheros como tema de sus versos -si hacemos excepción del conocido romance gongorino y poco más-, no es menos cierto que a partir de ese momento, a partir del “boom” turístico hacia la Subbética y en concreto hacia Zuheros, la villa, su castillo, su paisaje y sus bellos accidentes geográficos -cueva de los Murciélagos, ríos Bailón y Marbella, tajos de evocadores nombres como el Charco Hondo...- ocupan versos y versos de los poemas más inspirados de los poetas y páginas y páginas de sus composiciones en prosa, aunque llenas de poesía igualmente.

Así, el Bernier de “Cántico”, que llamó a esta provincia “Tierra Nuestra”, sin duda evocando al viejo “Mare Nostrum”, llegó tarde a los enormes cataclismos que parieron el relieve zuhereño, pero en un comprensible y delicioso anacronismo hizo la crónica de tales movimientos telúricos en “Tiempo y espacio bajo la Cruz de Zuheros”, artículo que recoge nuestro compañero y amigo el doctor Arjona en su libro *Zuheros. Estudio geográfico e histórico de un municipio cordobés*.

“La carne de la montaña de Zuheros -dice Bernier- parece fosilizada y blanca, muy blanca cuando las perforadoras rompen sus entrañas” de caliza, porque la villa “surgió a la lluvia, al Sol y a la ventura del viento cortante del Mulhacén vecino o del vecino mar, del suave céfiro, el mar nuestro, de Ulises y Odiseo”.

Desde siempre “la gruta abre su atalaya a la cañada de Malos Vientos, tobogán de los buitres”. Para la elegante pluma del poeta carlotense, “la Cueva es catedral de roca y silente seno para el guerrero muerto, para el héroe, a quien no alumbraba ningún sol ya. (...) De su techo caen gotas de agua en lágrimas de siglos. Llanto de estalactitas, han esculpido en cotinajes, lienzos fúnebres de piedra. (...) Allí donde el agua espeja en su lámina, (está) el amanecer de la historia humana de Zuheros”.

Antes, un baenense ilustre “tanto por pluma como por espada”, Francisco Valverde y Perales, cuya obra ha desempolvado su paisano el profesor Ocaña Vergara en una

magnífica tesis doctoral, ofreció a Zuheros un poema sutil y gracioso, lleno de lirismo, en el que canta a la villa “ni envidiosa ni envidiada” en su humildad y su dicha.

Valverde y Perales fue un historiador, arqueólogo y poeta que por razones de vecindad y de afecto cantó repetidas veces a la que él llamaba “villa hermana” y a la que veía “llena de paz, de alegría y de vistosidad”.

En la leyenda “La Virgen de los Angeles”, contenida en su libro *Leyendas y tradiciones de Toledo, Córdoba y Granada*, Valverde cuenta las peripecias de un capitán del ejército del santo rey Fernando III que, enamorado perdidamente de una bellísima agarena baenense, fue encarcelado en el castillo de Zuheros, pero no con tan estricta vigilancia que le impidiera seguir visitando por las noches la judería de Baena para gozar de la hermosa Sara, hasta que una noche de terrible tormenta y abocado a una muerte segura ante el peligro de despeñarse por un abrupto desfiladero, prometió a la Virgen recluirse en un convento y construir una ermita, la de los Angeles, hoy en ruinas, si salía salvo de aquel percance.

El mismo doctor Ocaña sacó a la luz un poema de Valverde y Perales incluido en un poemario inédito que le facilitó su hija D^a. Josefa Valverde, y en el que queda bien patente el cariño del poeta soldado hacia la villa que hoy nos acoge. Por su brevedad no me resisto a leerlo. Dice así:

A ZUHEROS

*Villa graciosa y modesta,
nido de paloma honesta,
me pareces asentada
entre la verde enramada
de la pedregosa cuesta.*

*Junto a la nota salvaje
de la montaña eminente,
brilla tu blanco ropaje
como nevado paisaje
al bello sol de poniente.*

*Cual doncella casta y pura,
nunca toda tu hermosura
a las miradas ofreces
y te ocultas y apareces
entre rocas y verdura;*

*de almendros en flor cercada
como violeta escondida,
de los hombres olvidada
ves en paz correr tu vida,
ni envidiosa ni envidiada.*

*Pueblo que en dulce reposo
tras tu castillo sombrío
vives humilde y dichoso,
no sabes cuan envidioso
te contemplo desde el mío.*

El poema, que consta de cinco estrofas de cinco versos octosílabos cada una, presenta tres sistemas de rima consónantica o total diferentes: *a b b a* en las estrofas primera y tercera, *a b a a b* en las estrofas segunda y quinta y *a b a b a* en la estrofa cuarta, lo que en conjunto le da cierta disparidad en el ritmo de rima del poema, que independientemente de su calidad incide en el tema del “Beatus ille” horaciano en versos como “me pareces asentada/entre la verde enramada”, “de almendros en flor cercada/ como violeta escondida, /de los hombres olvidada/ ves en paz correr tu vida, / ni envidiosa ni envidiada”, o bien “Pueblo que en dulce reposo / tras tu castillo sombrío / vives humilde y dichoso”, etc.

El poeta se dirige a la villa a lo largo de toda la composición, en una personificación permanente, resaltando de manera elogiosa su ruralidad en versos como “nido de paloma honesta”; la verticalidad agreste “de la pedregosa cuesta” y “de la montaña eminente”; la blancura de su “nevado paisaje”; su virginidad de “doncella casta y pura”; y su recato, que le impide ser contemplada sin rubor, en versos como éstos: “nunca toda tu hermosura / a las miradas ofreces / y te ocultas y apareces / entre rocas y verdura”, o como estos otros: “Pueblo en dulce reposo / tras tu castillo sombrío / vives humilde y dichoso”.

Al menos así ve Valverde y Perales a esta “villa graciosa y modesta” de Zuheros desde su vecina ciudad de Baena.

Aquel pontanés de Córdoba, que se llamó Ricardo Molina y que cometió la torpeza de abandonar este mundo antes que todos sus compañeros de “Cántico”, que tantas veces se asomó al diario provincial y provinciano con el pseudónimo de “Eugenio Solís”, lo hizo en una ocasión para comentar someramente el romance que Góngora escribiera en 1613 para lisonjear a D^a Elvira de Córdoba, hija del señor de Zuheros.

Se pregunta Molina si el autor de las *Soledades* visitaría Zuheros alguna vez. Pero aunque así no fuera, lo que no se puede negar es que conocía el paisaje por haber viajado en varias ocasiones a la capital nazarita desde Córdoba.

El romance, de tipo cortesano, es de un extraordinario valor lírico y en él transfigura a D^a Elvira en una hermosa “novilleja” “que hiere con media luna / y mata con dos luceros” y a la que los vaqueros buscan por doquier en el campo zuhereño: recorren valles, la Nava, la gruta del bosque, los peñascos, los montes y cabezos, hasta que es vista por el afortunado Gil.

Pero dejemos el poema gongorino, que será tratado con más profundidad por el profesor Ortiz Juárez.

Enrique Luque, poeta del bisturí y enamorado de los castillos, ofrendó un ramo de versos de los mejores vates a la fortaleza zuhereña en su artículo “Señal y exaltación de Zuheros y de los castillos”.

*“Quien vela fuerte castillo
no duerme en la mañana”*,

dice el *Cancionero de Baena*.

Antonio Machado, en versos de romance, dejó escrito

*“Hay un águila gigante
verdosa, negra y dorada,
siempre las alas abiertas.
Es de piedra y no se cansa”*.

Y Emilio Carrere nos legó estos depresivos versos:

*“¡Oh, la vulgaridad!, ¡oh vulgaridad
de este seco y ramplón y angustioso momento!
Sin alas y sin sueños, el alma de esta edad
¡no sabe alzar castillos ni en tierra... ni en el viento!
Don Quijote y el Cid duermen eternamente;
sus gestas milagrosas suenan a cosa extraña;
el ensueño y la gloria son, irónicamente,
castillos de España...”*

Para el doctor Luque, Zuheros es esencialmente cueva y castillo, herida y punta de lanza, peñuela brillante de la Súcubo de Plinio, a mitad de camino entre la cota y el valle.

Del mismo modo que para el prieguense Carlos Valverde es cueva y villa, paraje en el que “el tomillo y la aulaga se hacen el amor bajo los chaparros donde zurean las tórtolas”.

“Como una novia blanca, recatada y pura -dice Valverde Castilla- se esconde la villa de Zuheros junto al formidable murallón de piedra. El buril de Dios talló este maravilloso lugar para su emplazamiento; y los hombres, celosos de su custodia, construyeron una fortaleza para guardar su único acceso. Y así es como Zuheros no se muestra al viajero que pasa, con la fiebre de la velocidad que domina esta época. A Zuheros hay que ir expresamente; con lentitud, con parsimonia, con paciencia de enamorado que pretende rendir a la moza recatada. Con razón canta la copla:

*El castillo de Zuheros,
cuenta su historia,
que vigila a la villa
como a una novia.
Anda, cariño,
que mi amor es más firme
que tu castillo”.*

Sí, el roquero castillo, “ahijado de las piedras, señor de los olivos...” que alfombran su pie.

La verticalidad de Zuheros la cantó en un poema solemne y personalísimo el periodista-poeta Manuel Medina, sevillano que ejerció su profesión y vive, jubilado, en Córdoba.

Zuheros, altura y profundidad; cerro de Los Murciélagos y valles del Bailón y del Marbella; la Atalaya con su Cruz... y Charco Hondo; cimas para las cabras y tierras para el labrador; agudas piedras y anchos campos de trigo, de olivares, de viñedos; vertical de tierra y cielo. Verdad vertical. El tiempo se petrifica en Zuheros y rebota sobre las agudas piedras. Se hace eternidad. Por eso dice el periodista-poeta en su arriscado poema que “Buscó la felicidad donde sostenerse / y tomó asiento en Zuheros”.

En el paisaje urbano-rural de la villa destaca la fortaleza romano-árabe-cristiana. Vicente Orti, historiador del Arte y poeta a ratos perdidos, lo poetizó en un extenso romance titulado “Al castillo de Zuheros”, en el que los llama “viejo folio de crónica”, versos que aquí mismo leyó en el homenaje a don Antonio Cruz-Conde, impulsor de la recuperación de la célebre cueva desde la Corporación que él presidiera.

Dividido el romance en dos partes, de 46 y de 24 versos respectivamente, la primera muestra una fortaleza en sus hazañas de ayer entre moros y cristianos, eslabón hacia la Granada madura. La imaginación épico-lírica de Orti Belmonte hace pasar por él a Lunas y Santillanas, a Nievas y Mendozas, “caballeros veinticuatro, / señores de cuchillo y horca / que enarbolaron sedientos / de matanzas y de honras, / sus banderas

a los sonos / de añafles y de trompas''. En la segunda parte presenta el castillo en su estampa de hoy, ''una reliquia arqueológica / llena de historia y leyendas'' sacada de una ''acuarela vaporosa de Villamil'' o de un cuadro de Gustavo Doré. El castillo ''sólo vive en el paisaje / de sus campos; lo coronan / los crepúsculos de grana / y amaneceres de rosa''.

También al castillo, verdadero ''leif motiv'' de Zuheros en la poesía, canta en un tríptico de sonetos del año 69 último el boticario-cronista-poeta Juan Fernández, recorriendo las principales páginas de su ''curriculum'' y haciendo permanecer su espíritu.

En el primer soneto el castillo es romano, ''agreste y fiero'', con cimientos de roca y sillares de sangre. En el segundo, la pétrea fortaleza adora a Alá por espacio de cinco siglos, y en el tercero, tras la conquista castellana, se ve incorporado al concejo de Córdoba.

Juan Fernández, vigía permanente de la mole preñada de historia, da fe de que ''El espíritu queda del castillo / que lucha por su ser, y hasta proclama / entre abrojos, jarales y tomillo, / la grandeza y orgullo de su fama''.

Y en anchos endecasílabos inéditos de una extensa composición, Francisco Crespín, poeta de alma blanca, describe el paisaje y pinta el cielo de este pueblo subbético. Como a tantos otros, le impresionan sus alturas con formas de ''peñas altas y bravías'', ''cúspides altivas y grandiosas'' que ''guardan y escoltan'' los cerros de Montosa y Zumacal, rozando el cielo azul y limpio, de ''estrellas blancas y luceros'', al que prestan su aroma las plantas de la fronda perfumada.

Pero es al académico Antonio Arjona, a su esposa la profesora Aurora Padillo y a Fernando Alvarez Nicolás, quien pasó en Zuheros una etapa de su vida, a quienes tenemos que agradecer la información sobre versos nacidos del corazón de las gentes zuhereñas -verdaderos poetas en ocasiones-, en forma de ''melenchón'' o de villancico, como éste tan original, tan gracioso y tan pícaro:

*''Estando un soldado en misa
con cartas entretenido,
ha llegado su sargento
y al momento le ha reñido.
Para que usted no me riña
ni tampoco me haga nada, .
la baraja de los naipes
yo se la daré explicada:*

*En el dos yo considero
la Virgen y San José,
la Virgen y San José
cuando de Belén salieron.
En el tres yo considero
las tres divinas personas,
las tres divinas personas
y un solo Dios verdadero.*

Así, la baraja puede ser un piadoso devocionario.

Pero no podemos ni debemos seguir. Serían muchos los testimonios de letras ingenuas e ingeniosas de un poeta colectivo llamado pueblo. Un pueblo que inspira y se inspira, que se hace versos en sus cimas más altas y se desparrama poéticamente por sus torrentes. Un pueblo, Zuheros, hecho para la poesía, que es tanto como decir para el espíritu.